

RAÚL SILVA CASTRO

EVOCACION DE VICENTE GREZ

VICENTE GREZ pertenece al número de aquellos escritores que además de la obra escrita dejan una fama extensa por su charla fresca y oportuna. En opinión de sus contemporáneos, su conversación era deliciosa y hacía reír, pues en ella abundaban las ocurrencias, los retruécanos, las bromas, ya irónicas, ya benevolentes, todo esto con cierta fluencia que parecía inagotable. ¿Queda algo de eso en lo escrito? Casi nada. La literatura que practicó Grez era de otro corte, y sin ser demasiado seria o encumbrada, no permitía las familiaridades, las expansiones del diálogo, de modo que fue en éste donde el charlador ameno encontró el verdadero cauce para manejar diestramente el placer de sus auditores. A su muerte, un colega de prensa que le conocía bien, Carlos Silva Vildósola, le llamó "el último de los bohemios literarios de Chile", y agregaba:

Don Vicente Grez era real y sinceramente un bohemio, no de la bohemia melenuda y mugrienta, en que la extravagancia del vestir no alcanza a disfrazar la vaciedad del cerebro, sino de aquella distinguida y refinada que ama la libertad, que cultiva el arte con sinceridad, que hace literatura y escribe poesías y novelas, en que va dejando huellas de genio, sin cuidarse de lo que es comerciable, de lo que procura aplauso de la muchedumbre y se vende en el mercado.

Su solo nombre evocará en la memoria de sus contemporáneos, de los que lo conocieron antes de que las tristezas de la vida hubieran echado sombras sobre su humor exquisito, el recuerdo de tantas reuniones de hombres de letras y de artistas, de políticos y de pensadores, en que su charla, su ingenio *gaulois*, su chispa vivísima, hacían el encanto de los que le oían.

En seguida, y refiriéndose más directamente al aspecto de la risa en Grez, que ya hemos evocado, Silva Vildósola decía:

Un secretario, un colaborador que hubiera recogido esos chistes derramados por Grez en su larga carrera de escritor, de político, de periodista, habría hecho con ellos un tratado de honda y rabelesiana filosofía social, en que todos los aspectos de nuestra existencia aparecerían dibujados con un lápiz de fuego a veces y otras con un rasgo caricaturesco y burlón que no llegaba a herir, pero que sabía marcar¹.

Pero repetimos, de todo eso no queda nada, o casi nada, y a Vicente Grez, a distancia de cincuenta años de su muerte, debe considerársele por sus libros antes que por las livianas, espontáneas y divertidas anécdotas que fueron tan abundantes en su conversación. Veamos su biografía.



Grez nació en Santiago en el curso del año 1847, y después de algunos estudios elementales en el Colegio de San Luis, que dirigía el presbítero don José Manuel Orrego, se inscribió en el Instituto Nacional para cursar las humanidades, a cuyo término alcanzó a iniciar los estudios de leyes. Habría sido un abogado más si no apunta en él, muy temprano, la inquietud literaria, que le alejó de las aulas y le convirtió en periodista. Su primer intento fue una publicación satírica, *El Charivari*, donde debían mezclarse las sátiras escritas a las dibujadas, todo ello con tanto empeño y denuedo que, a corto andar, era el periódico denunciado a la justicia.

En 1868, con motivo de la acusación que Benjamín Vicuña Mackenna interpuso contra *El Charivari*, por publicaciones que daba como injuriosas, y de la cual resultó condenado por el jurado respectivo el poeta Luis Rodríguez Velasco, quedó en claro que el editor responsable de ese periódico era Vicente Grez. El periódico había comenzado a publicarse el 29 de junio de 1867, y al principio ofreció algunas ilustraciones, pero pronto publicó dos páginas completas (en total llenaba sólo cuatro) de caricaturas, que por la aparición de personajes de la época cobran ahora un subido interés documental. En *El Charivari* hay colaboración de Rodríguez ya mencionado y de Fanor Velasco, y la de Vicente Grez debe hallarse bajo el seudónimo *Vincet*, con el cual encontramos suscritos algunos versos y mucha prosa, dedicada generalmente sólo al comentario de los sucesos del

¹Publicado sin firma en *El Mercurio*, 29 de mayo de 1909. Señala también la vertiente humorística del ingenio de Grez, L. O. L. (Luis Orrego Lu-

co), en *Hechos y notas, Selecta*, julio de 1909, artículo escrito a propósito del fallecimiento, como el de Silva Vildósola.

día. La acusación no impidió la circulación del periódico, que siguió imprimiéndose hasta el núm. 125, de 25 de diciembre de 1869. En la última parte de *El Charivari*, sin embargo, nos parece ver un cambio de empresa porque se altera no poco la orientación de los comentarios y, además, desaparece la firma de *Vincet* en que hemos querido ver la pluma de Grez.

Si algo ha de sobrevivir de aquella aventura juvenil, ese algo debe ser el editorial de presentación de *El Charivari*, que sin vacilaciones atribuimos a la pluma de Grez. Dice así:

LA PRIMERA APARICIÓN

Hoy se presenta a las miradas del público el más raquítico e infeliz de los periódicos de la capital.

Nace débil, envuelto en pobres pañales, sin madre cariñosa que vele sus primeros pasos, sin fortuna ni títulos, sin agasajos ni repiques de campanas, sin alborotar siquiera la más modesta y limitada familia de esta populosa ciudad; pero nace alegre y vivaracho, jugueteón y risueño, tarareando la aleluya, brincando como un cervatillo y soltando, sobre todo, la más sonora y estridente carcajada!

Dejadle reír, señores; asistidle con una mirada siquiera de benevolencia y agrado. El bate con estrépito su manojito de cascabeles, adelanta su desnuda pantorrilla con garbo y majestad hasta vuestros salones, hace una mueca, os observa, os remeda, os guiña el ojo con burlona sonrisa y habla, muerde, acaricia, sacude vuestra peluca, se apodera de vuestro bastón y eleva una mirada a los cielos con infantil inocencia: ¡cosas de niño! ¿No véis que ignora las conveniencias sociales? ¿Sabe acaso lo que nosotros llamamos una razón de Estado, en política; el buen tono, en la gran vida; la gloria, en el campo de batalla; la elegancia, entre las mujeres; un espléndido negocio, entre los hombres?

Creemos útil no oponernos a las tendencias nacientes de nuestro pequeño paladín. Hay tantos llorones en nuestra literatura, tantos lechos de espinas en el campo de nuestra política, tantas dolencias y quejumbres en este valle de lágrimas, que creemos oportuno dejar toda la tensión necesaria a las mandíbulas de nuestro chico.

Juzgamos aun conveniente la alegría, no la torpe y escandalosa que brota de los labios del misántropo desengañado del mundo, ni la que se produce en insulsa chacota en los corrillos de ociosos y gentes desocupadas, pero sí la expansiva, ingenua y sincera alegría del que cruza los umbrales de la vida, sonriendo al sol que le alumbraba, y conversando con las aves del cielo, haciendo de un palo un caballo y de un tambor un envidiable personaje.

Tal es nuestro *Charivari*.

Sus padres, todos varones, protestan unánimemente, desde luego, que esta fenomenal criatura naciera por un espontáneo movimiento de la situación, en quien descargan toda responsabilidad sucesiva.

Su padrino, francés de nacimiento, quiso que su propio nombre fuera el nombre del niño. Contrato concluido.

Empero, el señor cura, al derramarle el agua del bautismo e imponerle el santo óleo, decía que tal nombre no venía en el almanaque y que dudaba mucho que un santo de la iglesia llevase tan extraño epíteto: pero, en fin, allanóse a nuestra petición, vista nuestra insistencia y en homenaje a la nunca bien ponderada máxima latina *sacra fames auri*, que, según comprendimos, ejercía grata influencia en su paternidad, por cuanto nos dijo: con evangélica sonrisa *per quantum vos contribuisti, fiat voluntas Dei!*

He aquí explicada la aparición de nuestro *Charivari*.

Periodista de nativa inclinación, Grez señala con esta primera entrada en el mundo de los diarios el que será, de una vez para siempre, su destino principal. Fungirá de periodista hasta el último día de su vida, inclusive sin dejar otras ocupaciones. En 1875, por ejemplo, se incorporó a la administración pública como funcionario de la Dirección General de Correos, y en años siguientes ocupará otros cargos de mayor prominencia². Pero ello no le separó totalmente del periodismo. Ya en 1874 podía verse a Grez trabajar en *La República*, donde mantiene la sección *El Día*, que llena a veces dos columnas del periódico. ¿De qué trata allí? De todo; esta crónica de los sucesos permite no sólo presentarlos sino también comentarlos con chispa. Las preferencias personales del periodista se reflejan muy bien en aquella sección, que tanto daría que hablar a los periodistas contemporáneos: narra el espectáculo de las carreras y la emoción que suscita entre los apostadores, da cuenta de las exposiciones y de las ventas de cuadros, y sobre todo informa muy detenidamente de la vida teatral; tiene en los puntos de la pluma los nombres de los artistas que han visitado los teatros de la ciudad en anteriores temporadas, y sabe cuántas veces se han dado, por lo menos en el período de que él conserva memoria, las principales óperas del repertorio entonces habitual; elogia el canto de unos y la acción de otros, y desliza, en fin, simpáticas noticias íntimas sobre los artistas, a quienes frecuenta como amigos. La sección *El Día* es intencionada, amena, y basta para hacer la delicia de los lectores de *La República*.

El redactor de la sección *El Día* es, además, corresponsal de *La Patria*, de Valparaíso, el diario de Isidoro Errázuriz, que de la capital naturalmente

²Fue diputado suplente de Arauco en el período 1882-5; suplente de Taltal entre 1885 y 1888, y, en fin, propietario por el mismo departamento, en el período de 1888 a 1891, que fue interrumpido por la revolución.

Cuando estalló la guerra civil, Grez era, por lo demás, segundo Vicepresidente de la Cámara, puesto para el cual había sido elegido en el curso de 1890.

aspira a recibir la flor de las noticias. Así y todo, en la correspondencia cobran más importancia las informaciones políticas, y por lo general se hace un prolijo resumen de los debates parlamentarios en los días en que hay sesión en la Cámara de Diputados. Se da crédito como corresponsal de *La Patria* en Santiago a Vicente Grez, en el artículo destinado a conmemorar los trece primeros años de aquel diario, en la edición de 3 de agosto de 1880, con la firma de Federico Cruzat Hurtado.

Por esos mismos días, se ataca en forma cáustica a Grez por ser redactor de *El Día*, desde las columnas de *El Estandarte Católico* y de *El Independiente*, y se hace burla de él llamándole tachuela, por su corta estatura, en *El Santa Lucía*, revista literaria nada primorosa. Ya en el año 1876 no es redactor de *El Día*, labor en la cual le ha reemplazado Carlos Grez Torres.

Al año siguiente Grez aparece comprometido en la empresa de publicar un pequeño diario, *Las Novedades*, cuyo primer número salió al encuentro del público el 13 de octubre de 1877, en sociedad con Francisco Riso Patrón. Este periódico reprodujo en folletín, en los primeros números, las leyendas de Bécquer, y en sus columnas se ven algunas colaboraciones de Grez, en forma de semblanzas de personajes de actualidad, con el seudónimo *Kel-Kun*. Hay allí, además, una crónica incisiva, a veces con comentarios en verso, que suelen contener grandes bromas a Miguel Luis Amunátegui, recientemente llevado al gobierno por don Aníbal Pinto; y algunos de los chistes de esta crónica, extraordinariamente humorísticos, bien pueden ser también de Grez, que por cierto no podía firmarlo todo. Pero la presencia de nuestro autor en esas columnas no parece haber ido más allá del año 1877.

Después algo escribió en *El Heraldo*, diario santiguino de corta vida que tuvo el privilegio de poder enviar como corresponsal de la Guerra del Pacífico a su joven redactor Daniel Riquelme (1857-1912), quien publicó allí preciosas cartas sobre episodios de la campaña y sobre la instalación en Lima del ejército triunfante. En este diario, Grez insertó, bajo el nombre de serie de *Ráfagas*, algunas breves composiciones poéticas en que se le divisa como atento y aplicado lector de Heine, y un artículo que merece mención especial, el que dedicó el 19 de Septiembre de 1880, a Camilo Henríquez, ya que allí anunciaba la intención de publicar una obra titulada *El nacimiento de la poesía en Chile*. ¿Escribió este libro? No podemos responder; pero de los usos que le vemos seguir en no pocas de sus producciones, de él puede presumirse que confiaba formarlos con los diversos capítulos que habría de escribir en los periódicos.

Durante la Guerra del Pacífico no estuvo ociosa tampoco la pluma de Grez, que después de publicar *Las mujeres de la Independencia* (1878) y *La vida santiaguina* (1879), dio a luz bajo el título de *El combate homérico* una reseña muy entonada del sacrificio de Prat en Iquique. Esta obra, escrita a corta distancia de los sucesos, como que fue publicada en 1880, podría creerse de encargo porque está destinada a glorificar a Prat; pero el talento del autor ha sabido revestir de verdadero interés cada uno de los episodios de aquella jornada. Dentro de la guerra y en años inmediatamente siguientes continúan cumpliéndose los empeños literarios del escritor. En 1882, acompañado de un buen número de literatos a cuya cabeza rolaba el poeta Guillermo Blest Gana, Grez creó la Sociedad del Estímulo Literario, de la cual fue vicepresidente³. La institución tenía por objeto publicar obras de autores chilenos, y dentro del propio año de su fundación cumplió una parte de su programa al lanzar dos libros, *Ráfagas*, de Vicente Grez, y *Después de la tarea*, de Adolfo Valderrama. *Ráfagas* es libro de versos, que a los contemporáneos del autor no les gustaron, aunque merced a un ardid editorial que no conocemos, si bien es fácil presumirlo, la portada del libro conserva mención de dos ediciones publicadas dentro del mismo año 1882. Grez había conquistado ya amplia fama de hombre chistoso, agudo, ocurrente, y parece que sus lectores esperaban de él que la sostuviera en la obra escrita, pero *Ráfagas* no tiene nada de eso. y en sus páginas se configura un poeta tierno, doliente, sentimental, enamorado y algo gemebundo, todo lo cual formaba señalado contraste con el prestigio del charlador cáustico y desenvuelto. Tal como ya hemos dicho, Grez aparece en aquellos versos como lector muy aplicado de Heine y acaso de los discípulos directos de éste en español, entre quienes cabe citar a Gustavo Adolfo Bécquer, ya popular en Chile por esos años.

A muy corta distancia se enfilan las novelas que produjo Grez: *Emilia Reynals* (1883), *La dote de una joven* (1884), *Marianita* (1885) y *El ideal de una esposa* (1887). De estas obras puede decirse, en general, que fueron muy bien acogidas por el público al cual se hallaban dirigidas, ya que, haciendo excepción a la ley común de la edición única, dos de ellas (*La dote de una joven* y *Marianita*) han sido reeditadas después de la muerte del autor.

A juzgar por el problema central que da tema al libro, *La dote de una*

³Información completa sobre el Estímulo Literario, con larga nómina de los escritores que habían adherido

a la empresa, puede leerse en *La Epoca*, 14 de mayo de 1882.

joven se asemeja a las primeras novelas de Blest Gana, en las cuales los personajes aparecían no pocas veces movidos por disputas sobre intereses económicos. La dote en cuestión, volatilizada por los malos negocios de una familia compuesta de gentes sin escrúpulos, ocasiona conflictos tales que llevan a una honesta joven merecedora de la felicidad doméstica, a buscar un cambio de vida en el convento. Las escenas no están siempre bien combinadas, y sobran algunos personajes, pero la novela se hace leer porque despierta cierta curiosidad no del todo malsana. Desde entonces, hasta su muerte, ocurrida en 1909, Grez fue ante todo y por sobre todo novelista. En sus obras no encontraremos los titubeos y las vacilaciones que acompañan a otros escritores del mismo período. Con Vicente Grez, en fin, había nacido para la literatura chilena el primer émulo digno de Blest Gana.

En medio de la producción de Vicente Grez resalta notoriamente *El ideal de una esposa*, tragedia vívida y conmovedora de los celos femeninos. A diferencia de los dramaturgos y novelistas corrientes, que creen que la pasión de los celos es más tiránica en el hombre, el novelista chileno la muestra en obra en el seno de una mujer. Faustina y Enrique se casan y forman una pareja feliz hasta que aquélla descubre que su marido la engaña. Esta revelación cambia totalmente sus sentimientos y le da una nueva personalidad, por la cual se la ve dominada hasta el final del relato. Intervienen diversas personas de la familia para que ella condescienda a darle al marido la impresión de que ha perdonado y de que, después, podrían iniciar una nueva etapa de vida común. Todo es inútil: Faustina se encierra en su desdicha y cava en ella de día y de noche. No la apacigua ni siquiera la muerte de su hijo, que también conmueve al marido, padre tierno aunque olvidadizo. Presentando la medalla por su otra cara, Grez concede que Enrique aceptaría rehacer su existencia si su mujer le mostrara alguna simpatía, y como no la obtiene, se hunde cada vez más en la disolución de fáciles placeres.

En la novela —dice Covarrubias— hay una lucha de pasiones y de sentimientos, lucha lógica, verosímil, a la que el lector asiste en todos sus detalles, en todas sus indefinibles vacilaciones y en todos sus dolorosos resultados. El autor ha sacado partido, con lucimiento digno de elogio, del carácter decidido de Faustina, que se yergue altiva como la virtud ante la maldad humana que no conocía, y que después de conocerla no la perdona ni la acepta como un hecho común, y de la falta de Enrique, que más que por depravados sentimientos parece originada por debilidad de carácter... El drama que nace del choque de esos dos elementos no es una concepción atrabiliaria que se aleja de la órbita de lo verosímil, sino un drama social,

esencialmente humano, en que entran los grandes caracteres y las bajas pasiones, y en que el desenlace tiene que corresponder al predominio del elemento más fuerte (*Estudios críticos*, 1888, pp. 88-9).

Puede verse, por lo que llevamos narrado, que Vicente Grez quería distinguirse con la escenificación de sucesos de la vida que antes no habían sido afrontados por los novelistas nacionales. Hasta el período que estamos historiando, no había nacido en Chile autor alguno que se hubiera atrevido a levantar con tanta audacia el techo de la casa para mostrar lo que ocurre entre cuatro paredes. Menos habría sido aceptada en la novela la explosión de los celos femeninos al punto de trastornar el carácter de una mujer y hacerla conducirse, hasta la última página, movida sólo por el odio y no por el amor. Grez fue el primero que advirtió en el alma femenina una capacidad de menosprecio y de odio, persiguiendo al ser antes amado, que sobrepasa las fuerzas de que habitualmente hace uso el hombre en la lucha por la conquista de la presa mujeril. El más trascendental problema que plantea este libro es, por lo demás, el de saber si el desafecto incubado en el amor es una variante local, que afecta sólo a la mujer chilena en la lucha de los sexos, o si es una propensión general, humana, sin sujeción a climas y latitudes. Grez no se pronuncia; nadie se ha pronunciado. Dejamos insinuado el tema, que se presta por cierto para amplio desarrollo, como prueba de que el libro contiene resortes siempre dispuestos para suscitar el interés. Y con esto queda dicho que *El ideal de una esposa* es una de las novelas chilenas más señeras, digna de un atento estudio crítico.

En *Marianita*, por lo demás, el señor Grez había intentado empresa parecida. La protagonista se entrega al amor con arrebatos pero, viendo rota su ilusión, se desespera y se suicida. El desenlace, como siempre ocurre con los suicidios en la literatura, no aparece bien motivado y no convence. Faustina, en cambio, la heroína de *El ideal de una esposa*, no sólo no cede, no sólo no abandona la batalla, sino que a cada nuevo incidente se la ve recrecer en su fogoso anhelo de sobrevivir para enrostrar día por día a su inconstante esposo, cuánto le odia y en qué grado le desprecia. De modo, pues, que al afrontar por segunda vez el problema psicológico del amor y del odio en el espíritu de una mujer, Vicente Grez le dio una solución distinta, que le pareció mejor síntesis de las observaciones del mundo hechas a esa altura de su vida.

Las novelas de Grez, consideradas en conjunto, son obras de salón, en el sentido de que todas ellas ocurren en el interior de las casas, en sucesivas

entrevistas, con personajes que actúan dentro de los límites concedidos a la buena sociedad. Son, además, obras pasionales: el hombre ronda a la mujer, la mujer busca galanes que la adoren y le digan frases de entusiasmo efectivo o fingido, y el ambiente familiar queda, merced a estos rasgos, evocado con fidelidad y gracia muy genuina. Pero también hay pasiones contrarias. En *La dote de una joven*, como dice un crítico, "todos los personajes, con excepción de uno solo, pertenecen a la categoría de los criminales. Es verdad que no cometen asesinatos a la luz pública; pero arrebatan honra y hacienda a los incautos que caen en sus manos" (Amunátegui Solar). Puede agregarse que son también obras de observación de la realidad: no hay lances inverosímiles, y las gentes que las pueblan se acercan y se alejan conforme usos normales de la vida social y no por estupendas invenciones del narrador. A pesar de su interés por la pintura y las bellas artes en general, Grez no es colorista, ni parecen interesarle demasiado los "cuadros de género". Es verdad que en sus novelas hay bailes, comidas y demás acontecimientos usuales en la existencia familiar, pero todo ello evocado con discreción y hasta con timidez. Desde este punto de mira, y para terminar, es novelista equilibrado, sensato y de gran prudencia en el uso de los medios novelescos.

Carlos Luis Hübner, otro periodista aficionado, como Grez, a la charla ingeniosa y oportuna, decía que en Chile cuando un hombre se había distinguido por ser compositor de sentimentales piezas de música, se le nombraba tesorero fiscal. Algo de esto ocurrió con Vicente Grez. ¿Qué empleo podía darse, en el curso de 1888, para mejorarle la situación dentro del servicio administrativo, a un hombre de festiva conversación, diligente como periodista y aficionado a las bellas artes y a la novela? Pues entonces fue designado director de la Oficina Central de Estadística, en reemplazo de Francisco Solano Astaburuaga, escritor asimismo, y en ese cargo permaneció hasta su muerte, sin otro paréntesis que el de la guerra civil, en que Grez fue perseguido y obligado a emigrar. Antes, con la colaboración de Pedro Lira, Nicanor Plaza y otros artistas y escritores, había fundado, organizado y dirigido la *Revista de Bellas Artes* (1889-90). Debe señalarse, al paso, que Grez había terminado por llegar a ser todo un especialista en la crítica de bellas artes, lo que le autorizó para compartir, en calidad de secretario, las labores de la comisión encargada de organizar la presentación de Chile en la Exposición Universal de París en 1889, y escribir, para ella, la primera obra de conjunto que se ofrece en la bibliografía chilena sobre la evolución de las artes plásticas, *Les beaux arts au Chili*, que por encargo oficial

fue impresa en París. De otra parte, fue secretario de la junta directiva de bellas artes, desde 1883, lo que le permitió influir en la selección de las obras que se adquirieron para el Museo, y crítico del salón oficial de pintura y escultura en diversas fechas y en diversos periódicos, como *El Ferrocarril* en la temporada de 1884 y 1885. Las nociones que hubo de asimilar Grez para ejercer la crítica de bellas artes fueron más prácticas que teóricas, lo que explica, de otro lado, el efecto que lograron sus comentarios, leídos por todos los artistas y apreciados en el acto en su preciso alcance, gracias a la limpidez y a la gracia de la forma. Y decimos que fueron más prácticas que teóricas, porque quien se tome el cuidado de repasar las páginas de la *Revista de Santiago*, en sus publicaciones de 1872, encontrará dos bellos artículos que dan cuenta de las actividades de Grez. En el primero de ellos, *Una visita artística*, el crítico narra muy a lo vivo cómo era el taller de Nicanor Plaza cuando éste, a poco de haber pasado una larga temporada de estudio en Europa, se instaló de nuevo en su patria para dar aplicación a las lecciones recibidas de sus maestros. En el otro, titulado *En el taller de Pedro Lira*, revela cómo este distinguido pintor, a quien tanta gloria alcanzaría en años siguientes, se formó en la escuela de Smith y comenzó su carrera ejecutando, a ejemplo o instigación de éste, paisajes nativos que fueron su especialidad antes de abarcar la pintura de escenas históricas y de retrato.

Volviendo un poco atrás, debemos indicar que hubo otra empresa periodística a la cual Grez debió sentirse especialmente inclinado. El 15 de noviembre de 1881 iniciaba sus publicaciones en Santiago el diario *La Epoca*, fundado por Guillermo Puelma Tupper y transferido por éste, en septiembre del año siguiente, a una sociedad de la cual formaban parte, además, Agustín Edwards, que era ya propietario de *El Mercurio*, de Valparaíso, y Benjamín Dávila Larraín. Grez fue redactor de *La Epoca* y colaborador de *Los Lunes*, suplemento semanal del mismo diario, que comenzó a publicarse, en tamaño más reducido, desde el 4 de septiembre de 1882 y que prolongó su existencia hasta el 13 de noviembre de 1883. En *Los Lunes* logró espacio para publicar, en capítulos a modo de folletín, dos obras que ocupan sitio señalado dentro de su producción, el estudio biográfico y crítico de Antonio Smith, gran pintor chileno, y la novela *Emilia Reynals*, ya mencionada, que apareció para el público, en forma de volumen, en el mes de junio de 1883.

Al comenzar la revolución, el 7 de enero de 1891, el gobierno clausuró *manu militari* todos los diarios que se publicaban en Santiago, con la sola

excepción de aquéllos en que editor y redactor eran afectos a la administración Balmaceda. *La Epoca* dejó de salir, y sus redactores quedaron en libertad de irse a sus casas. A pesar de ser empleado público, Grez parece que no ocultaba sus censuras a Balmaceda ni su simpatía por la causa del Congreso, porque pronto fue reducido a prisión y destituido de su cargo administrativo. Poco se sabría de él en este período, como poco se sabe de otros colegas suyos, si no hubiera cedido a su propensión nativa, ya que a poco de haber terminado la guerra civil, Grez publicó todo un libro, por lo demás muy ameno, sobre el viaje que hubo de hacer a la fuerza más allá de las fronteras nacionales.

Viaje de destierro, el libro referido, que salió en 1893, está dedicado a un grupo de amigos y correligionarios del autor, como se lee en las siguientes líneas, que explican el origen de la obra: "A mis amigos Francisco Antonio Pinto, Ricardo Matte Pérez y Valentín Letelier, con quienes pasé, durante la dictadura, una agradable temporada de Penitenciaría, en un mismo calabozo". Después de largas negociaciones, Balmaceda accedió, muy avanzada ya la revolución, a dejar en libertad a unos cuantos de aquellos presos que por sus hábitos y profesiones no parecían ser peligro en la guerra civil, y a ello se refiere Grez en las primeras líneas de su escrito:

En la mañana del 3 de julio de 1891 el dictador Balmaceda abre las puertas de la cárcel de Santiago a setenta detenidos políticos y los hace embarcar en un tren expreso que seguirá en marcha a Valparaíso, en cuya bahía espera el vapor inglés Bolivia para conducirlos a Iquique.

Los alrededores de la cárcel están invadidos por un inmenso gentío: damas de la más distinguida sociedad se confunden con los hombres y las mujeres del pueblo, y al aparecer los reos, en medio de una doble fila de soldados, todas las manos se agitan, saludando en silencio a las víctimas de la tiranía, demostración elocuente que pone de manifiesto lo unánime del sentimiento público a favor de la revolución.

Del itinerario que sigue el autor en su viaje hacia el norte, llaman la atención las imágenes fugaces que deja de Caldera, Antofagasta e Iquique; si bien aquí hay algo más que ver. En los días de su paso, Iquique era la capital de la revolución, donde estaba la junta de gobierno y se preparaba el ejército que poco más adelante, navegando hacia el sur, haría tierra en Quintero y libraría los combates decisivos de la guerra civil.

Durante la campaña —dice Grez— Iquique presenta un extraño aspecto: parece un barrio de Santiago o de Valparaíso por la juventud que de estas

dos grandes ciudades circula por sus calles, y no andamos una cuadra sin detenernos veinte veces a saludar a éste o a abrazar al otro amigo querido, que ha tenido la fortuna de escapar de las garras del Dictador. Cada hombre del sur que llega a esta ciudad libre tiene una historia personal que referir: la historia de su escapada, entre las que hay algunas dignas de la leyenda...

La ciudad —agrega— tiene aspecto marcial: casi todos sus habitantes visten el traje militar, y es bochornoso no usar siquiera el distintivo de la gorra blanca que llevan desde los miembros de la Junta de Gobierno hasta los de las ambulancias.

Sigue anotando los puertos: Pisagua, Arica, Mollendo, Pisco, no sin mentar, al paso, amenas noticias históricas, que dan profundidad al cuadro, hasta llegar al Callao y en seguida a Lima, donde el autor va a pasar algunos meses, conviviendo en la extraña sociedad que allí se ha formado: de una parte, los enemigos de Balmaceda acogidos a la hospitalidad peruana mientras llega el momento de asestar el golpe de gracia a la dictadura, y los dictatoriales, unos los diplomáticos y otros los miembros del ejército a quienes el avance de la fuerza del Congreso expulsó en diversas direcciones, tanto al Perú, como a Bolivia y a la Argentina.

En el hotel Maury —cuenta el ameno cronista— se encuentran hospedados los constitucionales desterrados por Balmaceda: los señores José Besa y familia, Zorobabel Rodríguez e hijo, Adrián Gandarillas, Javier Vial Solar, Ministro plenipotenciario del gobierno de Iquique y sus secretarios los señores Lorenzo Montt y Martín Saldías; en el hotel de Francia e Inglaterra está el Ministro de Balmaceda señor don Angel C. Vicuña con toda su numerosa corte de secretarios, attachés, agregados militares y jefes del ejército que se desvaneció en Tarapacá y tomó la fuga antes y después de Pozo Almonte. La oficialidad del ejército de Arrate y de Gana está desparramada en toda la extensión de Lima y habita mansiones menos costosas.

Gran desencanto siente el *galantuomo* al recorrer las calles de Lima y al no encontrar en ellas las mujeres de grande hermosura que señala como existentes allí la leyenda tradicional repetida por todos; pero de aquel desencanto se consuela anotando al paso las costumbres típicas: la venta callejera de boletos de lotería, las apuestas que hacen los chinos en su barrio, el espectáculo de los toros, y en seguida, con mayor prominencia, evoca los recuerdos de Santa Rosa y la vida recoleta de los monasterios. Pasa a ocuparse de la Inquisición, y da una ligera pincelada a lo que hubo de ocurrir cuando

San Martín y Bolívar se enfrentaron en la magna tarea de libertar al pueblo peruano de la tutela española.

Los últimos días de la estada de Grez en la capital peruana fueron, como se comprenderá, sumamente agitados por las noticias contradictorias que con sucesión de muy poco tiempo se dejaron caer sobre aquellos chilenos expatriados. "Después de algunos días de inquietud —escribe—, el señor Edwards recibe un cablegrama de Valparaíso en que se le anuncia que el ejército del Congreso ha desembarcado sin novedad en la bahía de Quintero, distante sólo unos pocos kilómetros de Valparaíso. Nunca pude saber quién envió este cablegrama, y ni el mismo señor Edwards lo ha podido averiguar". Otro día, los balmacedistas que viven en Lima festejan ruidosamente la atroz noticia de la matanza de Lo Cañas, que dista mucho de ser página honrosa en los anales del gobierno chileno, hasta que, poco a poco, la verdad se filtra, y se van depurando las informaciones, tan confusas antes. "La casa del señor Vial Solar —recuerda el novelista— es en estos días el refugio de todos los impacientes por saber noticias de Chile". Y el día 28 de agosto, mientras buen número de chilenos almuerza en casa de Javier Vial Solar, representante de la junta de gobierno de Iquique, ruidosos timbrazos de la puerta suspenden la atención de los asistentes, hasta que sienten los pasos agitados y la voz de don Agustín Edwards, que después de gritar *Viva Chile* anuncia: *¡Triunfó la revolución!* El señor Edwards ha recibido esta sorprendente noticia por conductos particulares muy seguros, de modo que nadie la pone en duda. El cronista comenta:

La primera impresión que se siente al recibir una noticia de esta naturaleza, se asemeja mucho a la que produce una desgracia; la emoción es tan viva que el ánimo se abate, y por un instante se permanece silencioso; pero la reacción es rápida y la alegría del triunfo hace palpitar el corazón.

Y entonces ocurre que aquella nueva, que los chilenos creían exclusiva para ellos, corre por la ciudad con extrema rapidez, y que cuando los contertulios de Vial Solar y de Edwards salen a las calles, por todas partes encuentran indicios de que el hecho es conocido y, desde luego, muy comentado. Los balmacedistas se resisten a aceptar el parte, y Angel Custodio Vicuña, colega de letras de Grez y a la sazón ministro de Chile, por Balmaceda, en Lima, le dice:

—No creo en la extensión de la derrota... Probablemente han obtenido ustedes un triunfo parcial; pero de ninguna manera una victoria decisiva.

Voy a palacio y ahí sabré la verdad de lo ocurrido, que comunicaré a usted.

El señor Vicuña, cuyo rostro es generalmente pálido, va lívido en esos momentos; sus labios están blancos y un ligero temblor nervioso le agita.

Pocos días después, ante la catastrófica verdad que se ha confirmado con todos los requisitos posibles, Vicuña entrega el archivo de la legación en manos de Vial Solar, y el cronista asegura que está en perfecto estado "y sin que falte uno solo de los documentos más importantes de la época histórica de la Dictadura, hecho que todos estimamos honroso para el señor Vicuña, pues no ha tratado de ocultar nada, ni de excusar la responsabilidad que le afectara en estos sucesos". Y con el relato del viaje de retorno a Chile, muy ameno y hasta novelesco en algunos de sus aspectos, termina este libro en el cual se cuenta una simpática y curiosa aventura: la del revolucionario a quien se hizo vivir, a la fuerza, una bella temporada en Lima.

Terminada la guerra civil, Grez vuelve a su cargo de la Oficina de Estadística, en el cual le confirma la Junta de Gobierno, y, sobre todo, retorna a las tareas periodísticas, que tan a disgusto había suspendido. Trabajó, por ejemplo, en 1893, en la redacción editorial de *La Patria*, de Valparaíso, después de haber sido su corresponsal en Santiago en diversas fechas, como ya se ha indicado; y también colaboró poco después, 1895, a la sección editorial de *La Opinión*, otro diario de Valparaíso, al cual surtía de material desde Santiago. En los años de que estamos tratando existía una recompensa moral a la que aspiraban todos los escritores chilenos: pertenecer a la Universidad de Chile; y Vicente Grez la recibió cuando se le eligió miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades, para sustituir a Guillermo Matta, que acababa de fallecer, en abril de 1899.

De Grez como autor de chistes, algunos de quevediano sarcasmo, no se han recogido las huellas por mano de secretario, como pedía aquel colega de prensa que le despedía con términos tan emocionados a su muerte, ocurrida en Santiago el 28 de mayo de 1909. Pero, a cambio de esa diligencia existe la buena voluntad de un amigo que sí recogió lo que sabía, porque le tocó la suerte de ser testigo presencial. Es el caso que Angel Custodio Espejo, muy jovencito a la sazón, fue llevado un día por su padre a la Dirección General de Correos, donde era convenido que se le daría trabajo. Allí estaba Grez, y desde entonces Espejo lo oyó disertar, así en las oficinas administrativas como en las redacciones de los diarios. Le debemos como primer esbozo una estampa física interesante.

Tenía Grez —recuerda Espejo— una insinuación de risa que era como un tartamudeo de su propia vena irónica, inagotable. Apenas él comenzaba a preparar un chiste, ya tenía a su público oprimiéndose el estómago para no soltar a gritos las carcajadas. El tenía que sujetar a su gente para que no se riese a destiempo. Era algo como esa impresión de la cosquilla, de que se ha hablado al juzgar a Taboada.

Su figura misma era cómica, sin ser chocante. Pequeñito, fino de facciones, si se quiere, con una nariz cuya punta caía sobre la boca en una prolongación judaica; de boca pequeña, siempre dispuesta a tararear un aire lírico; caminaba a pasos muy cortos y rápidos; parecía que siempre iba muy ocupado; cuando se dirigía hacia un punto determinado, pasaba como una flecha. Y tenía entonces una manera de saludar especialísima, llena de donaire. Todo el mundo habría querido en esos casos detenerle. Pero, para él era original el dejar a los amigos o a los conocidos en espera de sus ocurrencias, con los crespos hechos.

Vienen después las anécdotas propiamente tales, que si bien corresponden todas al período anterior a la revolución, bastan para caracterizar el humor de Grez. He aquí algunas:

Las entradas cómicas de Vicente eran para desternillarse de risa cuando llegaba a la oficina. Nunca dejaba de decir un chiste. Era como un saludo obligado. Un día llegó, como de costumbre, a escape y dijo tartamudeando:

—Acabo de encontrar a Arturo Edwards; le hice nueve saludos: uno por cada millón...

Otro día se trataba de compras y nos contó que había llegado a una tienda española:

—¿Tiene guantes de preville, del núm. 7?

—No; contestó el dependiente; pero tenemos unos calcetines de lana, muy ricos...

—Yo también tengo un tío que toca muy bien el violín —contestó al punto Grez.

El director tenía cosas muy buenas al lado de otras muy malas. Su humor endiablado, que le permitió, por lo demás, mantener la disciplina en un servicio que andaba a la bolina cuando él lo recibió, ese humor daba mucho que hacer a Grez. Un día le lleva el despacho y el Director tira las notas al suelo, y no contento con eso, las pisotea.

Vicente al punto, le dice:

—No sabía que también firmaba con los pies...

Y al salir a escape de la oficina del Director, agrega a uno de los jefes de sección que iba entrando con "despacho":

—Apúrese, compañero, porque está firmando a cuatro manos...

En la cárcel, el año 91, bautizó con el apodo de peripatéticos a un grupo de presos políticos que con don Alejandro Vial, don Benjamín Dávila Larraín y don Alberto González Errázuriz a la cabeza, no hacían otra cosa

que pasearse gravemente de uno en fondo, con las manos a la espalda, como urgidos de grandes meditaciones filosóficas.

En la misma cárcel, durante un acceso de indignación, nos dijo:

—En Chile hay bribones para 30.000.000 de habitantes.

Y un día que le daba la mano al Alcaide:

—Y si no se saluda así a los pícaros, ¿a quién se le da entonces la ma... ma... no?⁴.

Debe notarse que Grez era tartamudo, y que buena parte de la gracia de sus chistes procedía de esta deficiencia física, que él aprovechaba a maravillas para detener la atención del auditorio y aun para exacerbar, con la demora, la curiosidad por lo que iba a decir. De allí que parezca ser totalmente verídico, cual apunta Espejo, que sus amigos comenzaron a reír en cuanto le veían aparecer, porque de aquella boca hecha al sarcasmo y a la ironía y fértil en retruécanos y chistes, no esperaban otra cosa que motivos de risa.

⁴Vicente Grez, *el humorista*, en *El Siglo XX*, núm. 2, julio de 1909.